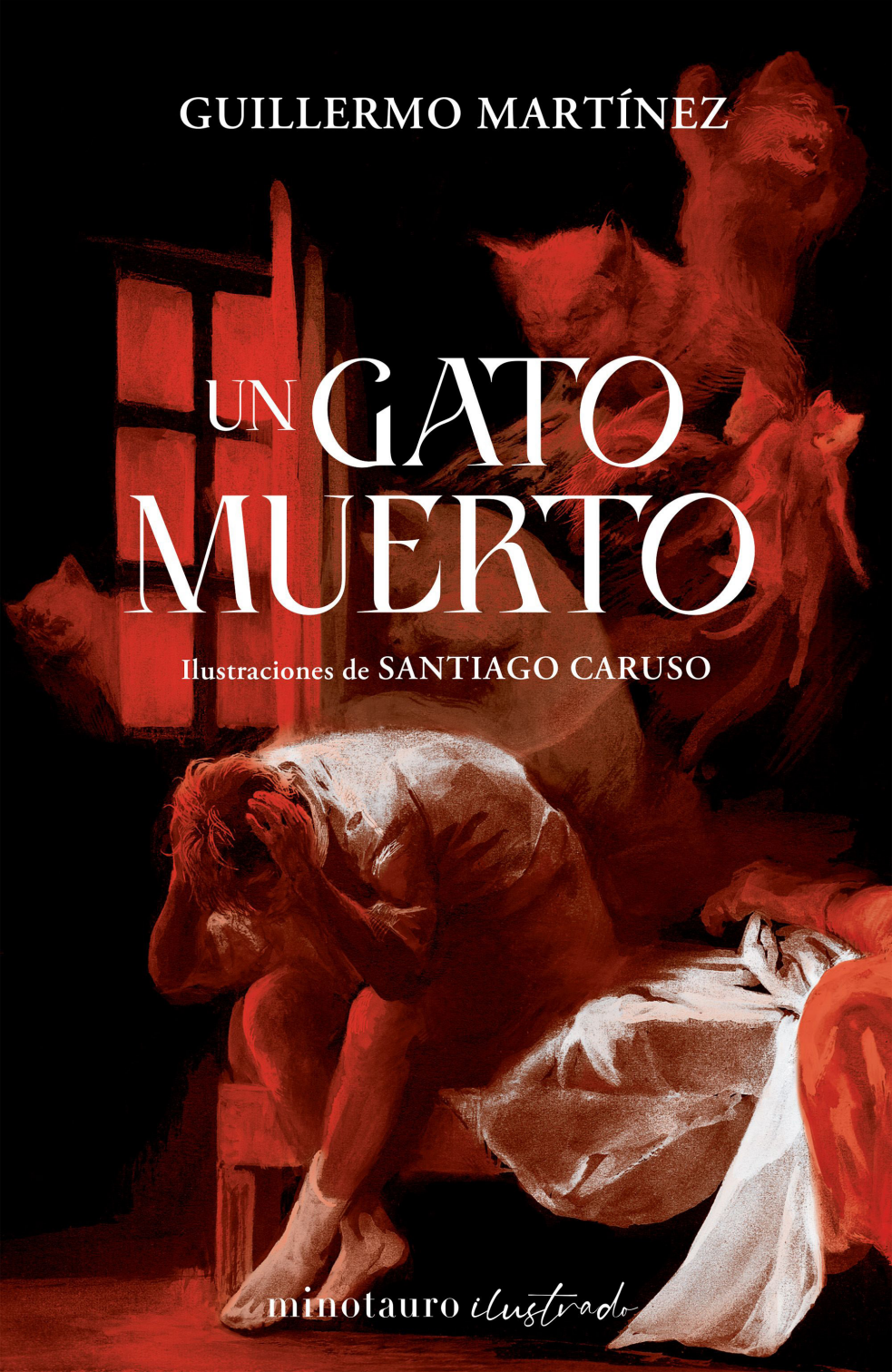




GUILLERMO MARTÍNEZ

UN GATO MUERTO

Ilustraciones de SANTIAGO CARUSO

minotauro ilustrado



GUILLERMO MARTÍNEZ

UN GATO MUERTO

Ilustraciones de SANTIAGO CARUSO



minotauro ilustrado

Lo primero que vio, lo que atrajo irremediablemente su atención y lo decidió, aún antes de que le mostraran el departamento, fue el aljibe en el centro del patio ajedrezado. El departamento era el segundo, cerca de la entrada, pero él se desprendió de la mujer de la inmobiliaria y avanzó por los casilleros blancos y negros hasta quedar frente a la pequeña torre. Encontrar allí, en plena ciudad, esa esquirla de su infancia, de los veranos felices en el campo de su abuelo, tenía algo consolador, como si una mano familiar de bienvenida se alargara. Sin que pudiera evitarlo se vio otra vez a sí mismo junto a sus hermanos, asomado al borde hipnótico del pozo, gritando por turnos al túnel vertiginoso para esperar el retorno de los ecos, y probando con orgullo su fuerza infantil en izar el balde repleto, como si fuera

un pez prodigioso, desde aquel fondo oscuro y remoto donde se agitaba el agua. Quiso abrir las tapas, que estaban algo oxidadas, y corrió hacia un costado unas macetas con geranios, pero la mujer de la inmobiliaria, que lo había seguido con desgano, le advirtió que habían obturado el pozo con cemento. Y en efecto, al levantarlas sólo encontró el espacio de un pequeño nicho, clausurado a pocos centímetros de profundidad con una lámina grisácea, apenas surcada por una hilera de hormigas ciudadanas.

Estaba por volverse cuando escuchó un roce del otro lado de la pared. Rodeó el aljibe y vio un gato moteado, recién nacido, que se desperezaba bajo el sol invernal, con las dos patas extendidas hacia arriba. Los ojos, recién entreabiertos y achinados, dos ranuras líquidas, lo miraron con desconfianza, y



cuando él hizo el primer movimiento para acercarse a tocarlo el gatito se aplastó a ras de las baldosas y con un movimiento raudo huyó hacia una de las puertas, fuera de su alcance. La puerta se abrió de inmediato, como si alguien detrás de la ventana hubiera estado espionando la escena. Una mujer muy vieja, disecada en arrugas, se asomó y alzó al gato en sus brazos. Lo miró por un instante con unos ojos desafiantes, duros e impávidos, y antes de que él pudiera decir nada apretó al gato contra el pecho y cerró con fuerza la puerta.

—Es una de estas viejas que se dedican a alimentar gatos de la calle —dijo la mujer de la inmobiliaria—. Sabe que no puede tener el gatito aquí: no se admiten mascotas. Por eso está a la defensiva. Pero no te preocupes, te aseguro que hay otros vecinos y vecinas

UN GATO MUERTO

más agradables —hizo un ruido impaciente de llaves—. ¿Entonces? ¿Miramos o no el departamento?

No volvió a pensar en el gato hasta la primera noche después de la mudanza. El dinero que tenía reservado le alcanzó finalmente sólo para el chofer, y tuvo que acarrear por sí mismo sus pocos muebles desde la camioneta, y hacer una y otra vez el recorrido con las cajas de libros sobre el hombro. Esto no le había importado: desde sus primeros años en la universidad y casi hasta terminar su posgrado había trabajado por las noches en un bar y estaba acostumbrado a mover cajones de botellas y a levantar sillas y mesas. En uno de los trayectos vio, junto a la entrada, a una mujer joven, algo mayor que él, de anteojos

oscuros, con un abrigo largo de bordes negros y guantes de lana, que salía seguramente a trabajar. La mujer se demoró con la llave para mirarlo: él se había quitado el pulóver bajo el sol glacial de la primera mañana y sólo tenía debajo una camiseta de manga corta muy delgada, que probablemente ahora estuviera transpirada. Aun así, cuando llegó junto a ella, se detuvo, la miró como si pudiera llegar hasta sus ojos, soltó en difícil equilibrio una de sus manos y se presentó con una cordialidad franca y decidida. Esta franqueza, y quizá también un resto de su acento provinciano, hicieron que la mujer se sonriera, entre agradada y sorprendida, murmurara también su nombre y señalara sus brazos desnudos. ¿No tenía frío?, le preguntó. Estaba acostumbrado, dijo, venía del sur. Logró cruzar un par de frases más antes de que ella mirara su reloj.

UN GATO MUERTO

Estaba apuradísima, llegaba tarde al trabajo, dijo, pero ahora que serían vecinos, ya se cruzarían con más tiempo. La vio alejarse y pensó que debía ser, aunque más no fuera por el aspecto, una de las vecinas «más agradables» de las que había hablado la mujer de la inmobiliaria. El encuentro, esa mínima conversación, lo puso de buen humor y lo ayudó a sobrellevar, el resto del día, el pequeño martirio doméstico de poner en marcha el departamento. Fue y volvió de ferreterías, hizo pacientes torniquetes de alambre para colgar lámparas y apliques, rasqueteó pegoteras en el piso y las paredes, conectó su computadora, reconstruyó pieza por pieza su biblioteca de modulares. Cuando empezó a oscurecer vació sobre el living desierto las cajas de libros y volvió a ponerlos uno a uno en su orden anterior. Barrió el polvo que había quedado

y sacó las cajas vacías y la basura al container general de la casa. Todavía, después de cenar, arregló un par de canillas que goteaban: quería asegurarse de dormir bien a la noche porque tenía que dar su primera clase muy temprano al día siguiente. No se dio cuenta de lo cansado que estaba hasta después de ducharse, cuando se derrumbó en la cama. Fue entonces que empezó a escuchar el llanto, como un hilo muy débil, al principio entrecortado, pero que se recobraba en los breves silencios para volver más hiriente y decidido. Creyó primero que era el llanto de un bebé y trató de distinguir en el silencio desnudo de la noche esos otros ruidos esperables: el rezongo de una voz, pasos y teclas de luces, una canción de cuna susurrada. Nada de eso ocurrió, sólo el llantito que se erguía solitario y llegaba en su estiramiento a alturas cada vez más irri-



tantes. Sentado en la cama, escuchó en medio del patio la celosía de una ventana que se cerraba con fuerza, como si alguien quisiera expresar su malhumor. Pero el llantito, lejos de detenerse, arreció con más fuerza, como si la última resistencia hubiera caído y tuviera por fin para sí toda la noche. Recién entonces, cuando el patio se vació de todo lo que no fuera esa nota tensa y horadante, advirtió la dirección de donde provenía, y se dio cuenta de que tenía que ser el gato recién nacido que había visto. Claro que sí, era un maullido, ahora le parecía inconfundible, apenas podía entender cómo no lo había advertido antes. El maullido de un gatito arrancado demasiado pronto de su madre. También con sus hermanos habían tenido un gatito, recordó. Su hermana mayor lo había recogido aterido de la calle; cabía en una sola mano y lo habían

UN GATO MUERTO

entrado a escondidas, porque su madre no quería animales. Lo habían ocultado en una caja, bajo la cama, pero el gatito había llorado por la noche. Su madre les advirtió al descubrirlo: si el gato seguía llorando, no podrían tenerlo en la casa. Él era todavía muy chico, pero recordaba que sus hermanas habían hecho todo lo posible: lo llevaban con ellas a la cama, le daban leche tibia, y se quedaban despiertas por turnos para tratar de acallarlo. Pero no consiguieron que dejara de llorar y un día, cuando volvieron de la escuela, el gatito ya no estaba. Su madre les dijo que se lo había llevado el abuelo al campo, y que allí estaría mucho mejor. Y sin embargo, cuando llegó el verano siguiente, el gatito no estaba en el campo. Era extraño cómo volvía ahora toda la historia: nunca antes había vuelto a pensar en esto. Lo habían buscado cuarto

por cuarto en la casa grande, y después en los corrales, en la casa de los peones, en el galpón de las herramientas. Se había vuelto un poco salvaje, dijo el abuelo cuando le preguntaron, se alejaba cada vez más para cazar y un día ya no volvió. Sus hermanas nunca le habían creído al abuelo, no creían siquiera que el gatito hubiera llegado alguna vez al campo. Pero aunque muchas veces después, en distintas edades, habían vuelto a preguntar a su madre, ella no se movió de su versión. El maullido subió todavía una nota más, larga, exasperante. Empezaba a comprender a su madre, reconoció con amargura. Siempre los había aterrado un poco, de chicos, su costado práctico, aprendido en el campo, cercano a la crueldad. *Cortar por lo sano*. Le habían enseñado desde muy pequeña a limpiar piezas de caza, a retorcer pescuezos, a sacrificar

UN GATO MUERTO

perros. Tal vez por eso nunca más después había querido animales. Se preguntó cómo lo habría hecho. Si había simplemente dejado al gatito en alguna obra en construcción, lo bastante lejos. O si se había asegurado de que no volviera más. Escuchó, como si fuera una nueva medición del tiempo, un metrónomo implacable, el maullido que ascendía en esos paroxismos lastimeros. Supo que esa noche ya no podría dormir.